

PENSAMIENTO LXX.



Scoger entre tanto numero de Come-pias como tenemos, para hacer el analysis ofrecido, una, en que se vean reunidos todos los defectos, y vicios, que andan repartidos en nuestros Dramas, sería empresa difícil, y que pediría estar muy versado en ellos. Yo no tengo tiempo, ni he tenido gusto para aplicarme à esta lectura; y así he echado mano de la primera que se me ha presentado, y que justamente ha hecho la casualidad que sea, segun me parece, ni de las mas desatinadas, ni de las menos defectuosas. El objeto principal debe ser manifestar de qué modo se trata

S la

la pasion del amor en nuestros Theatros , según propuse à V.md. en mi antecedente ; pero no me ceñiré solamente à esto : tocaré al mismo tiempo los demás defectos, que salgan al paso , y esto tendremos adelantado.

★ La Comedia referida se intitula : *No puede ser el guardar una muger* : su Autor Don Agustin Moreto. El titulo está diciendo la ninguna utilidad , que puede esperarse de la fabula. Yá se quisiese hacer vér en las mugeres una astucia refinada , una destreza , y sagacidad capaces de burlar los ojos mas vigilantes ; ò yá se pretendiese , que los padres , maridos , ò hermanos, instruídos de la ineficacia de su atencion , las dejasen obrar à su arbitrio, ambos objetos serían inútiles. Aquel supondria en las mugeres un carácter tenáz , y fecundo en

en recursos, y malicias, que no les es comun; y éste solo pudiera contribuir à que los padres, y demás, à quienes por leyes de naturaleza, y civiles, toca moderar, y dirigir el ímpetu de su juventud, se descuidasen en esta esencial obligacion sobre el concepto de que havia de ser inutil su desvelo.

JORNADA I.

Don Felix de Toledo, y Tarugo su criado, que es el bufon, y aun el heroe de la pieza, abren la scena con un pesado, y frio dialogo. Don Felix, que es Poeta, vá à la Academia de Poesía, que tiene Doña Ana Pacheco en su casa; y Tarugo procura persuadirle, que el exercicio de este arte, y la pobreza son inseparables. El tal gracioso tiene sus rasgos de erudicion.

Poesía , y riqueza ingrata
 siempre trocaron los frenos,
 y no hallarás versos buenos
 hechos con bugías de plata.
 Con candil sí que es civil
 la musa para la vena:
 solo la poesía es buena
 hecha *à moco de candil*.

D. Fel. ¡Qué locura!

Tarug. A los pasados
 mira , y verás el efecto:
 ¿por el candil de Epitecto
 no dieron tres mil ducados?

D. Fel. Ese es Filosofo. *Tarug.* Cesa:
 pues toda la Poesía,
 qué es sino Filosofía?

Don Felix sigue contrario dictamen , y lo apoya con egemplos de varios Poetas ricos , entre los quales hace mencion de Homero , (sin embargo de que éste fué siempre muy pobre) Virgilio , el Petrarca ,

Juan

Juan de Mena , Sanazaro , Taso , Guarino , y otros muchos ; y Tarugo conviene en la verdad de estos egemplos , como que está instruído de ellos.

En la segunda scena se hace la abertura de la Academia , à que dá principio la musica ; y en la tercera leen los Academicos los asuntos , que han trabajado. Alberto define en un soneto al amor : Don Diego de Roxas glosa un verso : Don Pedro Pacheco pinta en una octava la furia de un Leon acome- tiendo : Don Felix define la dicha , y la desdicha ; y Doña Ana propo- ne este enigma:

Pintase una carbonera
natural , que siempre ardiendo ,
cubierta de tierra , exhala
por la tierra el humo denso.

Y la glosa dice asi:

.....

Es-

Este fuego , que arde en mí,
 otro fuego le encendió,
 que arde tambien como yo,
 y à un tiempo ardemos asi.
 El humo , que exhala el fuego,
 conviene à mi perfeccion,
 y el cubrirme , es por razon
 de que no le exhale luego.
 Mientras que no me consumo,
 quando mas tierra me dás,
 mas me abrigas , y ardo mas,
 con que he de arrojar mas humo.
 No dejando yo de arder,
 salir en vapor presumo:
 decid quién soy yo , y el humo,
 que guardar no puede ser.

Don Felix es el unico , que acierta
 à descifrar el enigma , diciendo,
 que aquel fuego encendido es la
 muger enamorada : el humo , que
 exhala , su honor : la tierra con
 que lo cubren , las guardas que
 éste tiene , las quales encienden mas
 el

el desco de una muger , y hacen crecer el daño , quando , permaneciendo la pasion , se emplean en mayor numero , y con mas afán. Don Pedro , que está tratado de casar con Doña Ana , tiene por absurda esta opinion , y hay una larga discusion entre él , y esta dama sobre la verdad , ò falsedad de este sistema : Don Felix se pone de parte del dictamen de Doña Ana ; y Don Pedro , poco discreto , y comedido , se ausenta , diciendo :

Lo que yo he dicho es lo cierto ;
y despues de defendido
afuera con el acero ,
lo probará la experiencia
con la razon aqui dentro.

Doña Ana , que desea sacar del referido error à su esposo futuro , lo da à entender à Don Felix , à quien dice :

Para hacerle mi marido ,

S 4

qui-

quisiera verle mas cuerdos;
y para desengañarle
de tan loco pensamiento,
su hermana es rica, y hermosa,
si vos : : :

Doña Ana debe suponer, que esta insinuacion no se hace à un simple, ni à un sordo, y no se engaña, porque Don Felix cae inmediatamente en la tentacion, y declara no solo que conoce à esta dama, sino tambien, que no la tiene por muy austéra, como se infiere de los versos siguientes:

Pues yo en algunos encuentros,
aunque nunca la he servido,
la he dicho algunos requiebros,
y no muy mal escuchados.

Yà se vé, que la ocasion es muy fuerte, y oportuna para que un hombre, que se supone de honor, pierda la de hablar con el debido decoro de una dama, y mas ha-
vien-

viendo de venir à casarse con ella; pero estos son débiles reparos. Decir un caballero, que una dama, à quien ha visto algunas veces por casualidad, y solo de paso, no ha admitido mal sus requiebros, debia sobrar para calificarlo de hombre jactancioso, y ruin, y aun de embustero, si se dá credito à lo que dice luego Doña Inés, que es la dama de quien se trata:

Yo, que en mi recato he sido una torre, una Ciudad, cerrada del alto muro de mi *altivéz principal*; pues aunque es cierto, que la verdadera significacion de la *altivéz principal* no se halla en Diccionario alguno, debe entenderse, para que diga algo, por la virtud, honestidad, y pundonor, que debe acompañar à todas las mugeres, y con particularidad à las principales. Con
to-

todo, el Poeta no se detiene en nimiedades; y en efecto, de la conducta, que despues se advierte en Doña Inés, puede inferirse sin violencia, que el Don Felix pecaba de ligero; pero no de impostor.

Don Pedro, necio, desconfiado, y pagado de su suficiencia en punto de guardar mugeres: Doña Ana astuta, y acaso interesada en no sujetarse à un marido demasiado vigilante; y Don Felix resvaladizo en materia de amor, y metido à civilizador de aquel hermano, anuncian todo el interés, y objeto de la Comedia, que viene à tener principio en la septima scena, quando yá el Poeta ha empleado inutilmente mas de setecientos versos, en lugar de quinze, ò veinte que huvieran bastado, y hecho mejor efecto, si suponiendo, aquellos caractéres, y dando de ellos

solo la noticia precisa , huviese empezado la fabula donde debia, guardando la Academia , la pintura del Leon , las definiciones , y el enigma , que no son para el Theatro, para un libro de poesías lyricas.

Hecho yá el ánimo à burlar à Don Pedro , aunque à costa de su hermana (y tanto , que diciendo Don Felix à Doña Ana , que lo que havia emprendido por tema , estaba à peligro de pasar à cuidado, y empeño muy diferente, procura esta dama , que quizá miraba yá à Doña Inés con ojos de cuñada vulgar, retraherlo de que pasase à efecto decente , lo que era capricho indecoroso , con esta advertencia:

Pues cuidado que es cruel
ese mal : no sea, por Dios,
que os hagais la burla à vos,
queriendo hacersela à el.)

tomada, digo, esta resolucion, solo
fal-

faltaba el Lazarillo de Tormes, ò el Ginés de Pasamonté, que hilase el enredo, y proveyese de trazas, y marañas, executandolas al mismo tiempo con desenfado, viveza, y presencia de espíritu, de modo que en los lances mas difíciles tuviese siempre à la mano algun ardid, ò sutileza con que salir bien del empeño; y se supone que Tarugo debe ser el hombre unico, en quien se hallen en grado eminente, segun costumbre, todas estas gracias, y habilidades, y el descaro preciso para practicarlas, como todo sucede al pie de la letra; pero oygase lo que dicen amo, y criado, y juzgue qualquiera, si puede servir de modelo para la decencia del Theatro.

D. Fel. Tarugo, aqui está empenado todo el valor de tu ingenio.

¿No conoces à la hermana.

Tarug. ¿Cuál?

D.

D. Fel. De Don Pedro Pacheco?

¿Te atreves à introducir
de mi parte un galantéo
con ella? *Tar.* Corrido estoy.

D. Fel. ¿De qué?

Tar. De que digas eso.

¿Con un hombre de mi sangre
pone aqui duda tu pecho

de que yo sea alcahuete?

¿Pues de qué sirve mi aliento?

¿Eso de mí ha de dudarse?

No solo haré, vive el Cielo,

con ella la introduccion;

mas con el mismo Don Pedro.

En la septima scena viene D. Pedro

hecho una furia à poner centinelas

de vista en todas la puertas de su

casa, alborotandola intempestiva-

mente; y en la novena sale Tarugo

disfrazado de oficial de Sastre, que

viene à tomar medida de un vestido

à Doña Inés: dice mil simplezas:

enseña varias telas à esta dama: ha-

ce

ce que esconde un retrato , quiere verlo Doña Inés , y halla que es de Don Felix. Declara Tarugo, que lo trae para entregarselo de parte de este caballero. ¿Para qué se ha de andar en ceremonias? Doña Inés lo recibe , y en cambio embia el suyo à Don Felix por el mismo conducto. Entra Don Pedro al quarto de su hermana , y encuentra à Tarugo, que con el fin naturalmente de no ser conocido , se ha puesto anteojos. Dícenle , que es un oficial de Sastre , y queda con esto tan sereno como si le huvieran dicho que era su padre; y olvidando sus recelos, y vigilancia , se retira , pidiendo luz para su quarto , porque quiere recogerse : de que se infiere , que el oficial ha venido à tomar la medida , por lo menos , despues de anochecho , que tambien es cosa bien imaginada : queda solo Tarugo con
Do-

Doña Inés , y se dá fin à la primera jornada con el dialogo siguiente:

Inés. ¿Eres criado de D. Felix?

Tar. En este caso algo mas.

Inés. ¿Amigo? *Tar.* Más un poquito.

Inés. ¿Deudo? *Tar.* Otro poquito mas.

Inés. ¿Pues qué eres? *Tar.* Su tercero.

Inés. ¿Qué decís? *Tar.* ¿Te pesará?

Inés. No, que antes me has hecho gusto.

Tar. ¿Y lo estimas? *Inés.* Claro está.

Tar. Tragóse todo el anzuelo,
iré alargando el sedál.

Inés. Vete, pues. *Tar.* ¿Y qué me dices?

Inés. ¿No vá mi retrato allá?

Tar. Y acá queda el suyo. *Inés.* ¿Pues
qué mas quieres? *Tar.* Algo mas.

In. Buelve à verme. *Tar.* Eso, mañana.

Inés. Bien recibido serás.

Tar. ¿Qué decís? *In.* Que eso aseguro.

Tar. ¿Con memoria? *In.* Y voluntad.

Tar. Pues con esto, à Dios, señora.

Inés. Hasta mañana no mas.

Tar.

Tar. Miren, los que vén aquesto,
 si es bien grande necedad
 el guardar una muger,
 que no se quiere guardar.

¡Qué de absurdos, impropriedades,
 è indecencias, amigo Pensador! Y
 lo peor es, que casi no hemos
 empezado aún. Veré si en el si-
 guiente Discurso puedo acabar el
 extracto, aunque me parece muy
 difícil, sin embargo de dejar in-
 numerables cosas dignas de cen-
 sura. ¡Que puedan tales desatinos
 hallar lugar en el cerebro de un
 hombre! ¡Que se sufra esto en
 el Theatro!